

Los diferentes períodos de juicios

Traducción de las reuniones tratando sobre el tema de: Los diferentes períodos de juicios

Karl-Heinz WEBER

biblicom.org

Índice

1 - Primera reunión	3
1.1 - La comparecencia de los creyentes ante el tribunal de Cristo	3
2 - Segunda reunión	11
2.1 - El juicio de los vivos	11
3 - Tercera reunión	22
3.1 - El juicio de los muertos	22

1 - Primera reunión

Queremos exponer los varios períodos de juicio que tendrán lugar después del arrebatación de la Iglesia al estado eterno.

- La comparecencia de los creyentes ante el tribunal de Cristo.
- Los juicios entre nuestro arrebatación y el establecimiento del milenio, con énfasis en **el juicio de los vivos** de acuerdo con [Mateo 25](#).
- Los juicios durante el milenio y luego hasta el gran trono blanco de [Apocalipsis 20](#), **el juicio de los muertos**.

1.1 - La comparecencia de los creyentes ante el tribunal de Cristo

«Porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo» (2 Cor. 5:10).

Este versículo es uno de los pocos en el Nuevo Testamento que está dirigido a todos los hombres sin excepción. Es importante saber a quién concierne la palabra «nosotros», no siempre significa las mismas personas. Por ejemplo, en el versículo 1 del capítulo 5, solo se trata de los creyentes: *«tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha con manos, eterna en los cielos»*. Otros pasajes solo se refieren a los apóstoles (comp. [1 Juan 2:28](#)); [Hechos 17:28](#) *«de él somos linaje»*, y nuestro versículo se refiere aquí a todos los hombres.

Esto significa que un día todos los hombres comparecerán ante el juicio de Cristo, pero no necesariamente al mismo tiempo: los creyentes no serán manifestados al mismo tiempo que los incrédulos y todavía hay una diferencia entre la aparición de los vivos cuando el Señor establezca su reino y la de los muertos incrédulos en [Apocalipsis 20](#). **El tribunal de Cristo consiste, por lo tanto, en tres sesiones.** Primero, los creyentes comparecen para ser manifestados, luego los hombres vivos son juzgados de acuerdo a criterios bien definidos ([Mat. 25](#)) y luego el tercer acto es la resurrección de los muertos incrédulos para ser juzgados ante el gran trono blanco después del milenio. Por lo tanto, se trata de un período de más de mil años.

Consideremos ahora la expresión *«tribunal de Cristo»*, que me gustaría aclarar

con 7 u 8 puntos. Primero preguntémonos quién es el juez. Lo hemos leído, es Cristo. Sin embargo, **Romanos 14:10** nos habla acerca del tribunal de Dios. Esto no es una contradicción. En la Epístola a los Romanos, todo se ve en relación con Dios, «*la misericordia de Dios, la ira de Dios...*». El Señor Jesús es Dios y el juicio no es ejecutado por el Padre sino por el Hijo. Vemos esto claramente en varios pasajes. Dios «*le ha dado potestad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del hombre*». (**Juan 5:27**). «*Porque el Padre no juzga a ninguno, pero todo el juicio lo ha encomendado al Hijo; para que todos honren al Hijo de la misma manera que honran al Padre*» (**Juan 5:22-23**), y el conocido pasaje de **Hechos 17:31**: Dios «*fijó un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por un Hombre que él ha designado, dando prueba ante todos al haberle resucitado de entre los muertos*».

El Juez es el Señor Jesús, el Hijo de Dios que se hizo hombre, que conoció en la tierra todas las circunstancias que los hombres pueden encontrar, que vivió en todas estas circunstancias como hombre, pudo conocer todo lo que concierne a sus criaturas. Así que no hay ninguna situación en la que podamos decir que el Juez no tiene ni idea. El Señor ha vivido 33 años en esta tierra, ha conocido todas las situaciones y será un juez objetivo y honesto de tu vida, de mi vida. **Pero lo maravilloso es que este Juez es mi, y tu Salvador.**

Desafortunadamente, y también entre nosotros, a menudo existe el pensamiento, cuando hablamos de períodos oscuros en la vida, de que tendremos que responder de ellos ante el tribunal de Cristo. Eso no es justo. Estoy encantado, creedme, de comparecer ante este tribunal. El Señor tendrá que revelar muchas cosas, **pero no seré juzgado por el más mínimo pecado cometido en mi vida, porque estoy frente a mi Salvador.** Este juez es el que expió mis pecados en el Gólgota, el que fue golpeado por cada uno de mis pecados.

¿Cómo compareceremos? «*Esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo de humillación en la semejanza de su cuerpo glorioso, conforme a la eficacia de su poder, con el que también puede someter todas las cosas a sí mismo*» (**Fil. 3:20-21**). En cuanto a nuestro cuerpo, estamos vestidos de un cuerpo de gloria similar al del juez. Esta persona nos fue hecha «*sabiduría por parte de Dios, y justicia, y santificación, y redención*» (**1 Cor. 1:30**). Comparezco con la justicia con la cual mi Salvador me ha vestido. El apóstol Pablo dice, en **Filipenses 3:9**, «*no siendo mi justicia la de la ley, sino la que es mediante la fe de Cristo, la justicia que procede de Dios por la fe*». No habrá, pues, juicio: **el juez mismo es mi justicia, me ha adquirido en la cruz.**

¿Cuándo compareceremos? La palabra no nos da información precisa, pero es cierto que esta comparecencia tendrá lugar entre el arrebatamiento y las bodas del Cordero. En [Apocalipsis 19:8](#) leemos: «*Le fue dado ser vestida de lino fino, resplandeciente y puro; porque el lino fino son las acciones justas de los santos*», es decir, los actos justos de los santos. Esto significa que en la corte de Cristo, la esposa es vestida con la ropa provista por el cuidado de Dios el Padre y del Señor Jesús y en la belleza de este adorno, la esposa aparece en las bodas del Cordero.

Creo, sin poder apoyarlo directamente, que esta comparecencia tendrá lugar inmediatamente después del arrebatamiento. Cuando seamos manifestados, seremos conducidos a tener la misma apreciación de las cosas que el Señor; a partir de ese momento, no habrá una sola situación en la que tendré otro pensamiento que el de mi Salvador.

¿Debemos temer esta comparecencia? Claro que no, claro que no. Todos nuestros pecados fueron expiados por la ofrenda del Señor Jesús a la cruz. «*En verdad, en verdad os digo, que quien oye mi palabra, y cree a aquel que me envió, tiene vida eterna, y no entra en condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida*» ([Juan 5:24](#)), «*En esto ha sido perfeccionado el amor con nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio: que como él es, así somos nosotros en este mundo*» ([1 Juan 4:17](#)).

Y sin embargo, muchos queridos hijos de Dios temen; quizás una de las razones es que dicen que durante su conversión, no confesaron todos sus pecados. Algunos hermanos han dicho que no hay perdón de pecados hasta después de la confesión, esto es cierto en principio, y sin embargo, si esos pecados que no confesamos en el momento de nuestra conversión no hubieran sido perdonados, ningún hombre podría ir al cielo. ¿Por qué? Ningún hombre es consciente de todos sus pecados y no podría confesarlos todos en su conversión y, además, hay cosas en nuestras vidas que no consideramos como pecado. **Nuestra seguridad no se basa en una confesión perfecta de nuestros pecados, sino en el que los expió en la cruz.** «*Él mismo llevó, en su cuerpo, nuestros pecados sobre el madero*» ([1 Pe. 2:24](#)).

Por lo tanto, podemos decir con [Romanos 8](#), que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. El publicano dijo: «*¡Dios, ten misericordia de mí, pecador!*», y en ese momento tuvo el perdón de sus pecados. Como dice un himno: sobre el Cordero descansa mi alma alegre, todos mis pecados son quitados por su sangre. **Si una mentira, un pecado hubiera quedado entre mí y el Dios Santo, estaría perdido.**

Otros hijos de Dios están preocupados por los pecados cometidos después de su

conversión y temen aparecer ante el tribunal de Cristo. Este temor es también injustificado, porque cuando el Señor Jesús hizo la obra de la redención, ninguno de nosotros ya había nacido y los expió todos perfectamente, los que yo cometería antes y después de mi conversión.

Para los pecados cometidos por un creyente, **el asunto no es el cielo o el infierno, eso fue resuelto en el Gólgota, sino que es un asunto de comunión con el Señor y con Dios Padre**, esta se interrumpe por mi pecado y debo confesarlo para encontrarla de nuevo. David dice «*¡Restitúyeme el gozo de tu salvación!*» (Sal. 51:12). ¿No es maravilloso? Pero esto no debe llevarnos a pasar ligeramente por alto un pecado que cometo hoy o que cometeré mañana. Hay una manera de ser guardados: el pensamiento de que el Señor ha sufrido inconmensurablemente para expiar este pecado que yo cometo hoy. Mi Salvador fue castigado por Dios allí, en la cruz por ese pecado. Que esto nos guarde de pecar, pero repito, el pecado de un creyente no tiene nada que ver con la cuestión de la salvación.

Todos necesitamos ser manifestados, eso es lo que leemos. Todos los hombres serán manifestados, pero solo los incrédulos serán juzgados.

A menudo nos hemos preguntado si toda nuestra vida será manifestada o solo nuestra vida después de la conversión. Lucas 8:17 dice: «*Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni nada escondido, que no haya de ser conocido y descubierto*». 1 Corintios 4:5: «*Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; entonces, para cada uno, la alabanza vendrá de Dios*».

El ser manifestado no solo significa que todas nuestras acciones, palabras y pensamientos serán revelados, **sino también nuestros motivos**. Todo lo que hacemos y decimos es solo el resultado de nuestros motivos. Si son buenos, producimos fruto para Dios; si no son buenos, las obras pueden ser buenas para los hombres, pero no son fruto para Dios. Todos debemos preguntarnos si nuestros motivos son puros, porque podemos equivocarnos. El apóstol Pablo dijo: «*Mi conciencia de nada me acusa, pero no por esto soy justificado*» (1 Cor. 4:4). Es incluso posible que pensemos que nuestros motivos corresponden al pensamiento de Dios y sin embargo estar equivocados. Por eso me alegro de comparecer ante el tribunal de Cristo: allí veré si he buscado satisfacer a mi Salvador o a mí mismo, ¿era egoísmo o amor hacia al Señor y hacia los hermanos y hermanas? ¿Eso nos hace felices? En todos nuestros juicios, en todas las decisiones que hemos tomado en nuestras vidas, se mostrará si fue de acuerdo con la voluntad del Señor o no. Entonces se verificará lo que dice

1 Corintios 13:12: *«Entonces conoceré perfectamente, como fui conocido»*. **Entonces veremos todas las cosas como Dios las ha visto siempre**, las decisiones en el matrimonio, con respecto a nuestros hijos, la elección de la profesión, del trabajo, y en la esfera de la iglesia, ¿todo corresponderá a los pensamientos del Señor? También seremos purificados de cosas ocultas de las que no éramos conscientes mientras estábamos aquí.

Vuelvo a esta pregunta: ¿toda nuestra vida? Creo que sí, no es posible que sea de otro modo. Por supuesto, el Señor no nos culpará por los pecados que cometimos antes de nuestra conversión para tomarlos en cuenta de nuevo. Él nos dice que ha alejado nuestras transgresiones tan lejos como el este está del oeste y que nunca más recordará nuestros pecados e iniquidades. Pero reconoceremos cuán corruptos éramos, cuán lejos estábamos de Dios y la inmensa gracia que nos atrajo de tal estado y nos hizo hijos de Dios, veremos la misericordia que Dios nos ha mostrado y su gracia en una luz mucho mayor. Rut le decía a Booz: *«¿Por qué he encontrado gracia en tus ojos?»* (Rut 2:10).

También se ha cuestionado si esta manifestación tendrá lugar ante todos o si es un asunto individual entre el Salvador y su redimido. Tal vez hoy estemos preocupados por ello, que toda nuestra vida se desarrolle como una película delante de los hermanos, que otros sepan lo que hemos pensado de ellos, ¡debe ser terrible! Entonces esto ya no será así, porque ya no tendremos en nosotros nuestra vieja naturaleza que nos causaba problemas con los otros y el resultado será un mayor conocimiento de la gracia y una adoración eterna de nuestro Salvador.

Esto está relacionado con la recompensa, en relación con la parte personal que será atribuida a cada uno en el tribunal de Cristo. Pensemos en lo que se dice al vencedor de Apocalipsis 2:17: *«Le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que nadie conoce sino aquel que lo recibe»*, es decir, que habrá una relación eterna entre mi Salvador y yo, de la que yo disfrutaré personalmente y a la cual nadie más tiene parte. También es un resultado de este tribunal. Espero que estas diversas consideraciones nos traigan aliento, consuelo y alegría.

Otro punto que debería calentar todos los corazones, es que entonces entenderemos los caminos de Dios hacia nosotros. Hoy, es cierto que muchos oyentes se preguntan sobre los caminos de Dios: ¿por qué el Señor nos hizo pasar por tal o cual circunstancia, por qué nos condujo por tal o cual camino? Sé bien que hay hermanos que dicen que no debemos preguntarnos ¿por qué? No me atrevo a ir tan lejos, mientras no nos hagamos esta pregunta con la idea de acusar a Dios. He buscado en la

Escritura una respuesta: alguien que hizo esta pregunta sin incriminar a Dios, es nuestro Salvador «¿Por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46). Muchos hombres de Dios, hombres de fe, preguntaron por qué, no porque hicieran reproches a Dios, sino para comprender sinceramente sus caminos hacia ellos.

«¿En el mar fué tu camino, y tus sendas en las muchas aguas, y tus pisadas no fueron conocidas!» (Sal. 77:19). Isaías dice: «Como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos que vuestros pensamientos» (55:9), y Job anota: «él no da cuenta de ninguna de sus acciones» (33:13). A veces no hay respuesta a nuestros porqués. ¿Puede Vd. entender por qué el Señor llama a él una madre de cinco niños pequeños, una muchacha de 18 años mortalmente herida en un accidente, por qué un hermano permaneció 76 años en una cama de languidez sin ningún control sobre su cuerpo, pero lúcido?

Hermanos y hermanas, me regocijo en este momento en que no habrá ningún por qué. Un poeta dijo: “Si el enigma de las lágrimas que derramas no se resuelve aquí, en la tierra de la luz eterna, comprenderás por qué”. Entonces tendremos una respuesta a todos nuestros por qué. Hoy, vemos el lado opuesto de la alfombra que Dios teje, los hilos nos parecen enredados, no vemos el patrón, pero entonces llegará el momento en que desde arriba reconoceremos el magnífico patrón que el divino tejedor ha producido en nuestras vidas. ¿No es esa otra razón para alegrarse? Podremos alabar y adorar a nuestro Señor por siempre por sus caminos hacia nosotros.

«Para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo». Así que habrá recompensas. Para muchos lectores de la Biblia, esta frase es problemática: recibimos una recompensa por el bien, y el mal también es recompensado. La primera parte del razonamiento es correcta, nosotros los creyentes recibiremos una recompensa por el bien que hemos hecho, pero la segunda parte de la oración solo se refiere a los incrédulos que reciben un castigo por el mal hecho. **Para los creyentes, no hay recompensa por el mal, porque el Señor ya ha pagado por sus pecados.** De hecho, todo hombre debería temer al Dios Santo, el Señor que es el Juez, pero para nosotros, no debe haber ningún temor, porque Dios solo castiga una vez y el castigo que merecíamos fue sufrido por otro.

Así que hay recompensas por el bien que hayamos hecho. Muchos pasajes nos hablan de coronas: «la corona de la vida» (Sant. 1:12), «la corona... de gloria» (1 Pe. 5:4), «la corona de justicia» (2 Tim. 4:8). Las coronas son una imagen de recompensa por nuestra fidelidad. El apóstol Juan exhorta a los creyentes a no avergonzarse cuando venga (1 Juan 2:28). Los apóstoles valoraban la recompensa, no creían que

importara poco si recibían o no una recompensa.

Puede haber aquí una falsa humildad para pensar que la recompensa no importa mucho, siempre que tengamos un pequeño lugar en el cielo. Parece ser humildad, pero significa despreciar al donante rechazar en lugar de aceptar con gratitud; obviamente, no debemos servir al Señor para obtener una recompensa, el motivo debe ser nuestro amor por él. Pero en el camino al servicio, hay ejercicios, dificultades y el pensamiento de una recompensa es una motivación, hay una recompensa por lo que haces, para no dejar de trabajar para el Señor. Sabéis que tampoco Él era indiferente, dijo: «*En balde me he fatigado, y para nada y en vano he gastado mis fuerzas! pero ciertamente mi causa está con Jehová, y mi obra con mi Dios*» (Is. 49:4). Ser indiferente a la recompensa básicamente significa ser infiel.

¿Qué es lo que se recompensa? No son los dones que el Señor nos ha dado, sino la fidelidad con la que cumplimos la misión que él nos ha confiado y que solo el Señor aprecia. Tal vez una hermana mayor a quien se le dio la misión de orar por los creyentes de la iglesia local tendrá una mayor recompensa en el día del tribunal de Cristo que un hermano que tenía un servicio a la vista. Debemos dejar el aprecio al Señor, pero podemos imaginar que el Señor quiera recompensarnos cuando pensamos en todos nuestros fracasos, nuestras infidelidades, somos siervos inútiles, ¡cuántas veces hemos actuado de acuerdo a nuestra propia voluntad sin pedirle su pensamiento y a pesar de eso, él quiere recompensarnos! ¿No es un pensamiento sublime?

Pero también hay un lado serio: [Mateo 6](#) nos muestra que si damos limosna ante los hombres, es decir, si queremos darnos importancia, no hay recompensa. Así que vemos que es posible perder la recompensa. En [1 Corintios 3:15](#) aquellos que usaron materiales malos serán salvos como por medio del fuego, es decir, no tendrán recompensa. A Filadelfia, se le dice, «*reten firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona*» ([Apoc. 3:11](#)). Esto significa que si no nos aferramos a lo que el Señor nos ha confiado, a las maravillosas verdades que ha dado a los hermanos del siglo pasado sobre la Iglesia, sobre la unidad del Cuerpo, sobre la acción del Espíritu Santo en las reuniones, sobre el regreso del Señor para llevarse a los creyentes, por nombrar solo algunos puntos, perderemos una recompensa en ese día porque habremos sido indolentes y preferido nuestra facilidad.

Pero en cuanto a nuestra posición en la Casa del Padre como hijos de Dios, no hay diferencia, está basada en la gracia y está asegurada para siempre. No quiero decir que no haya diferencia en el disfrute.

Veamos de nuevo las consecuencias actuales de nuestra comparecencia ante el tribunal de Cristo. Hay dos: en relación con nosotros mismos y en relación con los incrédulos.

2 Corintios 5:9: «*Por lo que también procuramos, sea presentes o ausentes, serle agradables*». Este versículo significa que todavía estemos vivos cuando el Señor viene a arrebatarnos a los suyos o que durmamos en ese momento, nos aplicamos a vivir de una manera que agrada al Señor, mientras estemos en esta tierra, nos aplicamos para serle agradables. No queremos ser semejantes a él solo entonces, sino ya ahora. ¡Que este sea el deseo de todos nosotros, jóvenes y mayores! Entonces no habría ningún razonamiento como: “¿está prohibido? No realmente, así que puedo ir más lejos, más allá, es el mal”. Estamos en el límite de la legalidad, este pensamiento no es bueno. Debemos hacernos la pregunta de otra manera: “Lo que me propongo hacer ¿es agradable al Señor?”, y así buscar lo que es más excelente, preguntarle al Señor cómo agradarle aún más. Así es como nuestra comparecencia ante el tribunal de Cristo puede tener una influencia en nuestra vida presente. El Señor es nuestro modelo. Él siempre hizo las cosas que agradaban a Dios su Padre. ¿Cómo podemos imitarlo? Estando ocupados de él, considerándolo, nos transformaremos en su imagen. Creceremos y le seremos más semejantes.

El tribunal de Cristo también influye en nuestro comportamiento hacia los incrédulos. «*Conociendo el temor del Señor, persuadimos a los hombres*» (2 Cor. 5:11). Este versículo nos muestra que nuestra manifestación ante el tribunal de Cristo no concierne solo a los creyentes, sino también acerca del juicio de los incrédulos. **El temor del Señor** no es para los creyentes, sino **para los incrédulos, porque allí escucharán su condenación eterna**. Nosotros los creyentes sabemos lo que significa para los incrédulos comparecer ante el gran trono blanco de **Apocalipsis 20: es la muerte segunda, el lago de fuego**. Por eso convencemos a la gente. **La predicación del evangelio a los pecadores no se trata solo de presentar un Dios de amor, sino también de temer al Señor**. ¿Hemos persuadido alguna vez a alguien para que venga al Salvador? El apóstol Pablo lo hizo ante el rey Agripa (**Hec. 26:28**) «*¡Por poco, me persuades a ser cristiano!*». Nosotros encontramos inmediatamente excusas “No soy un evangelista”, pero de esta manera evitamos la responsabilidad en la que este versículo nos coloca. Por supuesto, hay muchos dones, el Señor ha dado el don de evangelista a uno y no al otro, pero todavía tenemos la responsabilidad de advertir a los hombres que van a enfrentar la segunda muerte, para que no se pierdan.

«Porque el amor de Cristo nos apremia, llegando a esta conclusión: Que uno murió

por todos, entonces todos murieron» (2 Cor. 5:14). El temor de Dios por un lado y el amor de Cristo por otro nos empujan a hablarles del amor de Dios que no conocen, a decirles que hay uno que murió para que todos puedan ser salvos, porque todos estaban muertos, no hay excepción, pero Cristo murió por ellos, el rescate ha sido pagado, podemos presentarles este amor de Dios para que vengan a Él antes de que sea demasiado tarde.

Que seamos motivados por estos dos lados de nuestra responsabilidad: caminar de una manera que le sea agradable y pensar en los hombres que no conocen al Salvador. Espero que con estos pocos pensamientos haya podido aumentar nuestro deseo de ser pronto manifestados ante el tribunal de Cristo, con todos los maravillosos resultados para que no tengamos temor, sino plena libertad para encontrarnos con este Juez, nuestro Salvador.

2 - Segunda reunión

2.1 - El juicio de los vivos

Leamos [Mateo 25:31-46](#) y [Daniel 9:24-27](#)

«³¹ Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; ³² y serán reunidas ante él todas las naciones; y él apartará a los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de las cabras; ³³ y pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a la izquierda.

³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo! ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui extranjero, y me acogisteis; ³⁶ estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y acudisteis a mí.

³⁷ Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ³⁸ ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero, y te acogimos; o desnudo, y te cubrimos? ³⁹ ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y acudimos a ti? ⁴⁰ Respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos mis hermanos, a mí me lo hicisteis.

⁴¹ Entonces dirá también a los de la izquierda: ¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles! ⁴² Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; ⁴³ fui extranjero, y no me acogisteis; desnudo, y

no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no acudisteis a mí. ⁴⁴Entonces ellos también responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o extranjero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te hemos servido? ⁴⁵Él entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos, tampoco a mí me lo hicisteis. ⁴⁶Y estos irán al tormento eterno; pero los justos a la vida eterna» (Mateo 25:31-46).

.....

«²⁴Setenta semanas están determinadas en cuanto a tu pueblo, y en cuanto a tu santa ciudad, para acabar con la transgresión, para poner fin a los pecados, y para hacer expiación de la iniquidad, para introducir la justicia perdurable, y para poner sello a la visión y la profecía, y para ungir al Santo de los santos. ²⁵Sabe pues, y entiende que desde que salga la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén, hasta el Mesías, el Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas: la ciudad volverá a edificarse con calle y foso, bien que en tiempos de angustia. ²⁶Y después de las sesenta y dos semanas será muerto el Mesías; y no será más suyo el pueblo; y el pueblo de otro príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será como con avenida de aguas; y hasta el fin de la guerra están decretados asolamientos. ²⁷Y dará validez al pacto para con muchos en la semana restante, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda vegetal; luego sobre el ala de las abominaciones vendrá el asolador; y hasta la consumación, y consumación decretada, se derramará la ira sobre el pueblo asolado» (Daniel 9:24-27).

Esta noche, muchos pensarán que no escucharemos gran cosa que caliente el corazón porque queremos ocuparnos de los juicios. Sin embargo, si no pensamos en nosotros mismos sino en el Señor, nos regocijaremos con él de que será el vencedor de todos sus enemigos. El Señor se glorificará en el juicio y nosotros nos regocijamos en esto. El apóstol Pablo nos dice que la corona de la justicia está prometida a los que aman su aparición, es decir, su regreso para el mundo, no para arrebatarnos con Él.

Cuando él obtenga lo que le corresponde, aquel que ha sido rechazado durante siglos, que es despreciado y al que aún hoy se odia, que todavía es a la vista del mundo este Jesús de Nazaret a quien no queremos, entonces será el Señor de los señores, el Rey de los reyes, exigirá sus derechos y se glorificará en el juicio. También podemos regocijarnos de que no conoceremos estos juicios, porque seremos arrebatados hacia él antes de que estos juicios sean desatados.

Para comprender este período de juicios, el pasaje de [Daniel 9](#) es muy instructivo: «*Setenta semanas están determinadas en cuanto a tu pueblo, y en cuanto a tu santa ciudad, para acabar con la transgresión, para poner fin a los pecados, y para hacer expiación de la iniquidad, para introducir la justicia perdurable, y para poner sello a la visión y la profecía, y para unguir al Santo de los santos*» (v. 24). Daniel recibió una visión para su pueblo; 70 semanas son determinadas para que el pueblo judío obtenga definitivamente las promesas hechas a sus padres. El final del versículo 24 nos muestra que estas 70 semanas tienen un propósito: la bendición de este pueblo en el reino milenar. Pero esta meta aún no se ha alcanzado, «para unguir al Santo de los santos», aún no se ha cumplido.

Se podría pensar que 70 semanas no constituyen un tiempo muy largo. Pero se trata de semanas de años, así que son 490 años. Esta forma de contar se encuentra en otras partes de la historia de este pueblo. Por ejemplo, [Levítico 25:8](#): «*Contarás siete semanas de años, siete veces siete años; de modo que el espacio de las siete semanas de años ha de ser cuarenta y nueve años*». Al contar de esta manera, el versículo 25 nos muestra muy claramente que este período nos lleva al tiempo en que el Señor vino a la tierra y fue rechazado.

Estas 70 semanas se subdividen en varios períodos. Comienzan en el tiempo de Nehemías. «*Desde que salga la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén*» (v. 25). A Nehemías, que había oído hablar de la desolación de Jerusalén, se le dio la misión de regresar al país de sus padres y reconstruir la ciudad ([Neh. 2](#)) A partir de ese momento, comenzaron las semanas de [Daniel 9](#): primero 7 semanas durante las cuales la ciudad fue reconstruida con sus puertas y muros, luego otras 62 semanas hasta la venida del Mesías, el Príncipe, el Señor Jesús.

El versículo 26 nos dice que el Mesías será muerto y no tendrá nada; el Señor es rechazado y matado, y el propósito descrito en el versículo 24 no es alcanzado. Los caminos de Dios con Israel aún no se han cumplido.

«*El pueblo de otro príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el Santuario*» y el fin se desbordará, es una alusión a la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70.

«*...y hasta el fin de la guerra están decretados asolamientos*», esto es lo que ha caracterizado a este pueblo hasta ahora.

A principios de la última semana (v. 27) habrá una alianza entre el jefe del futuro imperio romano y la multitud, es decir, la masa incrédula del pueblo judío. Hasta ahora, esta semana no ha comenzado. Hemos leído que esta profecía concierne al

pueblo de Daniel; el período de la gracia en el que vivimos no está contado en esta cuenta de años. La semana 70, por lo tanto, comienza cuando se concluye este pacto, después del arrebatamiento de los creyentes, directamente o, como muchos hermanos piensan, después de un corto período de transición durante el cual estas cosas serán preparadas. Entonces este pacto será concluido y a mediados de la semana, así que después de tres años y medio, el jefe del imperio romano hará cesar el sacrificio y la ofrenda (v. 27). Durante estos tres años y medio, el templo habrá sido reconstruido, el culto restaurado, los judíos traerán sus ofrendas a este templo. Este momento, que también se menciona en Apocalipsis, es muy importante: también leemos la descripción en **Daniel 12:11**: «...Y desde el tiempo en que fuere quitado el holocausto continuo, es a saber, para poner allí la abominación desoladora, habrá mil doscientos y noventa días». Es una alusión al mismo período de tiempo, la segunda media semana de Daniel, en el Apocalipsis encontramos la expresión «*un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo*», o 42 meses (**Apoc. 12:14**).

En este momento, se introduce un nuevo personaje: el desolador (v. 27). Es el Rey del Norte, el asirio, el enemigo de toda la vida del pueblo de Israel, a quien Dios ha usado a menudo en el pasado como vara. Inundará el país y será en las manos de Dios como un medio de juicio contra el pueblo apóstata.

En primer lugar, me gustaría hablar brevemente sobre la estructura del Apocalipsis. El apóstol Juan divide su libro en tres partes: las cosas que has visto (capítulo 1), las cosas que son (capítulo 2 y 3, donde se describe el desarrollo de la Iglesia bajo la responsabilidad del hombre) y las cosas que deben suceder después de ellas (a partir del capítulo 4). Esta es una indicación muy importante para entender la profecía, porque todo lo que se describe desde el capítulo 4 al capítulo 22 es futuro.

Luego tenemos 3 subdivisiones más, cada una de las cuales va hasta el reino milenario.

A. Capítulo 4 al capítulo 11:18: tenemos un primer círculo donde encontramos una evolución después del arrebatamiento de los creyentes hasta el reinado. «*¡El reino del mundo de nuestro Señor y de su Cristo ha llegado; y reinará por los siglos de los siglos!*» (cap. 11:15).

B. Capítulo 1:19 al capítulo 14:20: segunda parte de Apocalipsis que también termina con el reinado.

C. Del capítulo 15 al capítulo 22.

Estas tres divisiones que van hasta el reinado son casi cronológicas entre ellas, es im-

portante entenderlo, pero no es una cronología que va desde el capítulo 4 versículo 1 al capítulo 22. Si descuidamos esto, nos encontramos con muchas dificultades para comprender la secuencia de los acontecimientos. Dentro de estas tres subdivisiones, podemos ver claramente el comienzo de la media semana de Daniel. Por ejemplo, en el capítulo 11 versículo 2 «... los gentiles, y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses», alusión a esta segunda media semana en nuestra primera subdivisión. Del mismo modo, en la segunda subdivisión, en el capítulo 12:5, «la mujer dio a luz un hijo varón (alusión al Señor), fue llevado a Dios y la mujer huyó al desierto, donde fue alimentada durante 1260 días».

Resumamos brevemente de nuevo: el arrebatamiento de los creyentes no está descrito en Apocalipsis, pero debemos ponerlo entre los capítulos 3 y 4, porque encontramos por primera vez en el capítulo 4 a los 24 ancianos sentados en tronos en el cielo. Ellos representan a los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Otra indicación más directa se encuentra en el capítulo 12, donde el hijo varón es llevado a Dios, los creyentes son asociados con él. El capítulo 4 presenta el trono de Dios y la adoración del Creador, el capítulo 5, el Cordero sacrificado y la adoración de los redimidos.

Luego en el capítulo 6 se describen los 7 sellos, los juicios que vendrán sobre la humanidad incrédula después del arrebatamiento de los creyentes, «Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado» (cap. 3:10). No hay que confundir la hora de la prueba que llega a toda la tierra habitada con la gran tribulación o tribulación de Jacob que solo llega a las dos tribus de Judá y de Benjamín, que crucificaron al Señor y que comienza en la segunda parte de la semana 70 de Daniel. Hay muchos pasajes que nos lo muestran. «¡Ay! ¡porque grande es aquel día, de modo que ninguno lo iguale! y es el tiempo de la apretura de Jacob; mas él será librado de ella» (Jer. 30:7), «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y habrá tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación» (Daniel 12:1). «Porque habrá entonces gran tribulación, como no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni jamás la habrá» (Mat. 24:21).

Desde el capítulo 6 en adelante, tenemos los sellos. El séptimo sello introduce las 7 trompetas del capítulo 8 que deben ser divididas en 2 secciones: las primeras 4 tienen lugar en la primera media semana, las últimas 3 en la segunda media semana. En el versículo 13, un ángel pronuncia tres veces «¡ay!», a los moradores de la tierra. A partir de ese momento, comienza el período de 42 meses anunciado en el capítulo 11.

En el capítulo 6:11, se pide a los mártires de la primera media semana que descansen un poco más hasta que se completaran sus consiervos, y sus hermanos que iban a ser matados como ellos. La petición de venganza será ejecutada cuando a los mártires de la segunda media semana se les haya dado muerte. Esta misma distinción se encuentra en [Apocalipsis 20:4](#) en la descripción de los que participan en la primera resurrección: «*decapitados a causa del testimonio de Jesús*», asociados a los mártires de la segunda media semana, «*los que no adoraron a la bestia, ni a su imagen, y no recibieron la marca en su frente ni sobre su mano*».

En el capítulo 12, Satanás es precipitado en la tierra al comienzo de esta segunda media semana, sabe que tiene poco tiempo (v. 12), solo le quedan tres años y medio para seducir a los hombres, porque estará atado durante el reinado milenarío.

El capítulo 13 es muy importante: una primera bestia sube del mar, símbolo de las naciones. Es el líder del futuro imperio romano. Otra bestia sube de la tierra (v. 11). Este será el rey judío, el anticristo. Así que hay una trinidad satánica en la tierra: Satanás y las dos bestias que son adoradas; la imagen de la bestia es puesta en el templo y el que no la adora es ejecutado.

En el capítulo 14, se proclama el evangelio eterno: es un evangelio básico que fue proclamado a los hombres desde el principio de la creación, antes de la ley, la adoración del Dios Creador que el hombre puede discernir por su inteligencia ([Rom. 1](#)), «*¡Temed a Dios y dadle gloria; pues ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra!*» (v. 7). El evangelio de la gracia es particular a nuestro tiempo, pero antes del período de la gracia y después, se pide a los hombres que reconozcan al Dios de la creación.

Los capítulos 17 y 18 presentan el juicio de Babilonia, la gran ramera, la iglesia falsa. Esta Babilonia es el conjunto de todas las religiones del mundo, que se llaman a sí mismas cristianas, de las cuales Roma y la religión romana son el elemento principal. Es terrible pensar que este es el fin de la cristiandad, el fin de los que se llaman a sí mismos cristianos. El poder político lo hará desierto (v. 16).

En el capítulo 19, tenemos las bodas del Cordero seguidas de la aparición del Señor como guerrero para destruir a todos sus enemigos.

Finalmente, en el capítulo 20, Satanás está atado por mil años y luego comienza el reinado.

También me gustaría llamar la atención sobre otras cuatro sentencias que afectan a oponentes específicos: los asirios, el imperio romano y el anticristo, los pueblos

vecinos de Israel y el rey del norte, Gog y Magog. Todos estos juicios tienen lugar en la segunda mitad de la semana, es una serie de eventos que se superponen casi en un tiempo relativamente corto. Hasta entonces, durante la hora de la prueba, la humanidad es golpeada por juicios generales, desastres naturales, enfermedades terribles, plagas, hambrunas durante las cuales un tercio de los hombres morirá. Estos son juicios generales que llegan a los incrédulos.

Veamos ahora el juicio del asirio, llamado en [Daniel 9](#) el asolador.

Leamos [Daniel 11:21-24](#) y [40-45](#):

«²¹Y sucederá en su lugar un hombre despreciable, a quien no le habrán dado el honor del reino; sino que entrará en medio de seguridad, y se apoderará del reino por medio de halagos. ²²Y las fuerzas enemigas serán arrebatadas delante de él como con avenida de aguas, y serán completamente deshechas; y también el príncipe de su pacto. ²³Porque después de confederarse con él, obrará con dolo; y subirá, y prevalecerá con poca gente. ²⁴En medio de seguridad y en las provincias más feraces entrará; y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, y despojos, y riquezas derramará entre los suyos; y contra las fortalezas tramará sus designios, es decir, por algún tiempo».

.....

«⁴⁰Mas al tiempo del fin, arremeterá contra él el rey del sur; pero el rey del norte le arrebatará como una tempestad, con carros de guerra y gente de a caballo y muchas galeras; y entrará en las tierras; y lo inundará y lo arrollará todo. ⁴¹Entrará también en la tierra hermosa; y muchas tierras caerán; pero éstas escapan de su mano, Edom, y Moab, y la parte principal de los hijos de Amón. ⁴²Extenderá su mano también contra otras tierras; y la tierra de Egipto no escapará; ⁴³sino que él se apoderará de los tesoros de oro y de plata, y de todas las demás cosas apetecibles de Egipto; y los libios y los etíopes seguirán sus pasos. ⁴⁴Empero noticias desde el oriente y el norte le turbarán; y saldrá con grande indignación para asolar, y para destruir enteramente a muchos. ⁴⁵Y plantará sus pabellones palaciales entre los mares, junto al hermoso y santo monte; mas llegará a su fin; y no habrá quien le ayude».

Del versículo 40 al 45 vendrá a la tierra hermosa, es decir, Jerusalén, vendrá del norte, inundará el país, sitiará al pueblo y perseguirá hasta Egipto, pero las noticias del este y del norte lo asustarán (v. 44) y lo llamarán. Por eso volverá a Israel «Y plantará sus pabellones palaciales entre los mares, junto al hermoso y santo monte; mas llegará a su fin; y no habrá quien le ayude» (v. 45). Este es el segundo sitio de Jerusalén. El asirio ataca Judea una primera vez, un remanente temeroso de Dios

huyó a los países vecinos y algunos permanecieron en Jerusalén. Se entera de las noticias del norte que lo asustan. ¿Qué noticias son? Ya he dicho que el jefe del imperio romano hizo una alianza con el pueblo incrédulo a principios de la semana 70 para defender a los judíos contra el poder amenazador de los asirios. Después de su ataque, vino a Israel para defender al pueblo. ¿Qué hay de las noticias del Oriente? El remanente religioso que había huido a los países vecinos regresa a Judea, vence al poder asirio que había permanecido en Jerusalén y lo expulsa. El asirio vuelve de Egipto para luchar contra el jefe del imperio romano. En Jerusalén se encuentran la jefe del imperio romano asociado al anticristo y al asirio, el rey del norte que volvió de Egipto. Es en este momento cuando el Señor aparece.

Hemos leído al final del versículo 45 que el rey del norte llegará a su fin y nadie le ayudará. *Isaías 31:8* muestra cómo llegará a su fin: «*Caerá el asirio por espada, mas no de hombre, y espada, no de ser humano, le devorará: y se pondrá en fuga delante de la espada*». «*El Redentor vendrá a Sion, es decir, a los que se vuelven de la transgresión en Jacob, dice el Señor*» (*Is. 59:20*). Dios intervendrá para liberar a su pueblo del poder del asirio.

Pero al mismo tiempo, el imperio romano también llegará a su fin. Vimos que había hecho una alianza con el anticristo y había entrado en Judea. La batalla tiene lugar en el Armagedón (*Apoc. 16:16*).

Ya en el versículo 11 de *Apocalipsis 19*, el Señor aparece como un guerrero, pisa el lagar del furor de la ira de Dios (v. 15), una espada de dos filos sale de su boca para golpear a las naciones. El jefe del imperio romano viene de Roma para defender al pueblo judío, pero de hecho también viene a luchar contra el Cordero. Él no solo se opone al asirio para respetar su pacto con el anticristo, sino también contra el Cordero. Lo leemos claramente en *Apocalipsis 17:13-14*: «*Harán guerra contra el Cordero y el Cordero los vencerá*». Este será el fin de la primera bestia de *Apocalipsis 13*, el imperio romano, y de la segunda, el anticristo.

«*Vi a la bestia, a los reyes de la tierra y sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra contra el que está sentado sobre el caballo (el Señor), y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho prodigios delante de ella, con los que engañó a los que recibieron la marca de la bestia, y los que adoraban su imagen. Vivos fueron lanzados los dos en el lago de fuego que arde con azufre*» (*Apoc. 19:19-20*). Estos son los primeros hombres que son arrojados al lago de fuego. Hasta ahora, no hay otros hombres en el lago de fuego.

Todavía existe el juicio de los países vecinos en el valle de Josafat (*Joel 3*), luego el

juicio sobre el rey del extremo norte, porque el asirio es de hecho solo un vasallo de este rey, Gog, Magog. [Ezequiel 38 y 39](#) habla proféticamente de este poder y su juicio al final de los días. «*Subiré a la tierra de aldeas, iré contra aquellas gentes sosegadas, que habitan confiadas todas ellas, que habitan sin muros, y sin tener barras ni puertas; para arrebatarse el despojo*» (cap. 38:11). Este rey atacará al pueblo que ha encontrado un cierto descanso y él también será destruido en Judea. Será una amarga derrota para este inmenso poder y llevará mucho tiempo remover los cadáveres y escombros de este ejército y borrar los rastros de su aplastamiento.

El Señor destruirá a todos sus enemigos. No tenemos ningún papel en estas sentencias. No somos los instrumentos de estos juicios. Los ángeles acompañan al Señor que lo ejecutará él mismo. «*Iba vestido con una ropa teñida en sangre*» ([Apoc. 19:13](#)), no los nuestros, lo seguimos en caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro (cap. 19:14).

Y así, llegamos al juicio de [Mateo 25](#) que hemos leído. Allí somos partícipes; es el cumplimiento de lo que se dice en la carta de Corintios: «*¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?... ¿No sabéis que juzgaremos a ángeles?*» ([1 Cor. 6:2-3](#)). Cuando se trata de la sesión de juicio, ayudaremos al Señor como jurados en una corte de justicia.

Antes de considerar este capítulo, me gustaría decir unas palabras sobre la división de este largo discurso del Señor en los capítulos 24 y 25 y su aplicación. En respuesta a la pregunta de los discípulos sobre lo que sucederá cuando el templo será destruido, el discurso se divide en tres partes. Si no hacemos esta distinción, nos equivocaremos al interpretar los eventos proféticos. [Mateo 24:1-44](#) tiene un aspecto puramente judío y no tiene nada que ver con la Iglesia. Desde el versículo 45 al capítulo 25:30, tenemos la descripción de la época del reino de los cielos, por lo tanto el tiempo de la cristiandad (comp. la parábola de las diez vírgenes). Y finalmente, del versículo 31 al final del capítulo, es el tiempo de las naciones que comienza después del arrebatamiento de la Iglesia cuando el tiempo de la gracia ha terminado.

Si el Señor viniera hoy para arrebatarse a los suyos, ya no habría más creyentes en la tierra, todos los que han aceptado al Señor hasta hoy son arrebatados. Desde ese momento en adelante, aquellos a quienes el Señor llama sus hermanos se ponen a predicar el evangelio del reino a todas las naciones, judíos llegarán a creer en ese tiempo, cómo, no sé, creo que las Escrituras no dicen nada al respecto. Ellos no habrán escuchado el evangelio de la gracia, de otra manera se habrían tenido que arrepentir, la Segunda Carta a los Tesalonicenses (cap. 2:10) es muy clara «*no acep-*

taron el amor de la verdad para ser salvos». El que rechaza el evangelio de la gracia está perdido. Pero el Señor actuará, judíos creerán y de acuerdo a [Mateo 24](#), predicarán el evangelio del reino en toda la tierra habitada durante la semana 70 de Daniel. Este evangelio anuncia la venida de un Mesías, el rey de Israel viene a establecer su reino: no os sometáis al jefe del imperio romano, no adoréis al anticristo, la estatua que fue erigida en el templo, sino esperad al Mesías. Este es el mensaje anunciado a los hombres que nunca han escuchado el evangelio de la gracia. Habrá millones de personas que creerán, quizás incluso en nuestro país, porque hay millones de personas en nuestros países cristianizados que no tienen relación con Dios, no saben nada de Él, por ejemplo, drogadictos, nacerán niños en este ambiente.

Será un tiempo de terribles persecuciones; será mucho más difícil aceptar este evangelio que ahora, quien no rinde homenaje a la bestia y no tiene el signo 666 en la frente no puede comprar ni vender.

Cuando el Señor venga a establecer su reino, hará comparecer a los hombres que han escapado de los diversos juicios de los que hemos hablado. Serán juzgados según un único criterio: ¿recibisteis a mis mensajeros? Los que lo han hecho a pesar de este tiempo terrible son llamados las ovejas del Señor y puestos a su derecha.

Veamos brevemente algunos puntos particulares: «*Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria... entonces se sentará sobre el trono de su gloria*» (v. 31). Actualmente, el Señor está sentado en el trono del Padre, pero pronto se sentará en su propio trono. En [Apocalipsis 3](#), el Señor dice al que venza en Laodicea «*Le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono*» (v. 21). Él vendrá y todos los ángeles con él. Aquí no se nos menciona, aunque también vengamos con él. [Zacarías 14:5](#) dice: «*El Señor mi Dios vendrá y todos sus santos con él*». Y otro pasaje: «*También profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, que vino el Señor con sus santas miríadas, para hacer juicio contra todos*» ([Judas 14-15](#)). Todos los que tengan parte en la primera resurrección, excepto los mártires, vendrán con él y participarán en esta sesión de juicio donde todas las naciones serán reunidas ante él.

«*Él apartará a los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de las cabras; y pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre!*». ([Mat. 25:32-34](#)). El Señor no es nuestro rey, sino el rey de los judíos, el que envió a sus hermanos, sus mensajeros. Las ovejas están a su derecha, le pertenecen, son las que han aceptado el evangelio del reino. Son los bienaventurados de su Padre y heredan el reino que está preparado para

ellos **desde** la fundación del mundo. Entran vivos en el reino milenarío.

Vemos la diferencia con los elegidos del período de la gracia: somos hijos de Dios, elegidos **antes** de la fundación del mundo, llamados a vivir eternamente en la Casa del Padre.

Habrà millones de personas que no han sido elegidas como nosotros, hijos del Padre destinados a habitar la Casa del Padre, y que no se perderán, se salvarán por la eternidad como habitantes de la nueva tierra. Estos son los creyentes que pertenecen al período que sigue al tiempo de la gracia. Ellos heredan el reino en esta tierra donde ha habido tanto mal, donde la cruz ha sido erigida. Las ovejas entran en el reino mientras que las cabras están a la izquierda (v. 41), ellas no le pertenecen. Para el sacrificio por el pecado, se podía ofrecer una cabra; aquí ella representa el mal.

En el versículo 37, las ovejas preguntan «¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; o sediento...?», y el Señor responde: «En cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos mis hermanos, a mí me lo hicisteis». En este párrafo del versículo 37 al 40, leemos «tú» 8 veces, es decir, una relación íntima une al Señor con sus mensajeros en este tiempo difícil: lo que le hicieron a un pequeño que le pertenece, se lo hicieron a él. Este principio también es válido hoy en día, cuando hacemos algo por uno de los suyos, lo hacemos por él.

Las cabras no tienen relación con él, solo dicen «tú» dos veces, a partir del versículo 41 y el Señor debe decirles «¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles!». ¡Qué terrible destino! Son entregados al fuego eterno. El Señor no dice “malditos de mi Padre”, como había llamado a las ovejas «benditas de mi Padre», porque no lo son, ellas mismas se han atraído la maldición. No hay predestinación a la condenación eterna. El lago de fuego y azufre está preparado para el diablo y sus ángeles, no para los hombres, pero desafortunadamente muchos tendrán que compartir su destino, no para ser atormentados por Satanás, es una representación completamente falsa de este lugar. Ningún hombre será atormentado allí por el diablo; Satanás mismo es el objeto del juicio que es eterno. No hay doctrina de aniquilación, donde el hombre deja de existir, ni hay doctrina que lo reconcilia todo. El mismo Señor dice en [Juan 3:36](#) «la ira de Dios permanece sobre él». «En cuanto no lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos» (v. 45), no se añade «quiénes son mis hermanos», ¿por qué? El Señor no habla de su relación con sus hermanos a estos incrédulos. Estos irán a los tormentos eternos y los justos a la vida eterna. ¡Los tormentos y la vida son estados eternos!

Amados, si no hubiera tormentos eternos, tampoco habría vida eterna. ¿Está claro?

Porque hay gloria eterna y también condenación eterna.

Estos hombres que no pueden entrar en el reino vuelven a pasar por la muerte, en ese momento aún no son enviados al lago de fuego. Ellos van al Hades donde todos los otros incrédulos esperan la resurrección para el juicio de los muertos ante el gran trono blanco y luego son enviados al lago de fuego por la eternidad. Pero la sentencia ya está pronunciada aquí, la ejecución será para después: condenación eterna o gloria eterna.

Quisiera hacer una reflexión más: ¿hay alguien aquí que todavía no haya aceptado al Salvador? No oirás el evangelio del reino, porque has oído el evangelio de la gracia, ven a él para que puedas entrar en la vida eterna. Si el Señor viniera hoy, tu no serías salvo y podrías pasar por el período de juicios del que hablamos y tendrías que encontrar con el Juez de los vivos. Hoy, el Señor sigue siendo el Salvador, pero está listo para juzgar a los vivos y a los muertos (1 Pe. 4:5). Nosotros, los creyentes, asistiremos a esta sesión. Tendrás que comparecer ante él y escuchar la sentencia «*¡Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno!*», que significa que el hombre es separado definitivamente de Dios. El lago de fuego, es ser abandonado por Dios por la eternidad. Ven al Salvador de los pecadores y entrarás en la vida eterna. Esta es nuestra parte: no más condenación, el Salvador ha soportado para siempre nuestro juicio, este es el futuro de los hijos de Dios. Pero qué terrible es tener que conocerlo como Juez.

3 - Tercera reunión

3.1 - El juicio de los muertos

Leamos [Apocalipsis 20:1-15](#):

«¹Y vi a un ángel que descendía del cielo, teniendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. ²Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, ³y lo arrojó al abismo, lo encerró y puso el sello sobre él, para que no engañara más a las naciones, hasta que se hayan cumplido los mil años; después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

⁴Y vi tronos y se sentaron sobre ellos a quienes fue dado de juzgar; y vi las almas de los que habían sido decapitados a causa del testimonio de Jesús y a causa de la Palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia, ni a su imagen, y no recibieron la marca

en su frente ni sobre su mano; y vivieron, y reinaron con Cristo mil años.⁵ Los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección.⁶ ¡Dichoso y santo es el que tiene parte en la primera resurrección! Sobre ellos la segunda muerte no tiene poder; sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

⁷ Y cuando se acaben los mil años, Satanás será soltado de su prisión,⁸ y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro extremos de la tierra, a Gog y Magog, a reunirlos para la batalla; ellos cuyo número es como la arena del mar.⁹ Y subieron sobre la anchura de la tierra, y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada; y descendió fuego del cielo y los devoró;¹⁰ Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

¹¹ Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él: la tierra y el cielo huyeron de su presencia, y no fue hallado lugar para ellos.

¹² Y vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie delante del trono; y libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por lo que había sido escrito en los libros conforme a sus obras.¹³ Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno conforme a sus obras.¹⁴ Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte, el lago de fuego.¹⁵ Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego».

Ayer vimos que el Señor ejecutará el juicio de los vivos antes de establecer el reino milenario: las ovejas entran vivas en el reino y los machos cabríos van al Hades donde esperan la resurrección para el juicio de los muertos ante el gran trono blanco. Por lo tanto, podemos afirmar que solo los creyentes entrarán en el reino. **Mateo 25** muestra esto y este principio es confirmado por la palabra del Señor que dice que nadie puede entrar en el reino de Dios a menos que nazca de nuevo. «A menos que el hombre nazca de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (**Juan 3:5**). Por lo tanto, es imposible para un incrédulo entrar en él.

En relación con los primeros versículos de nuestro capítulo, me gustaría recordar algunos puntos sobre este reino. Tiene un doble carácter: terrestre y celeste. El dominio terrenal se llama el reino del Hijo del hombre. «... Hay algunos de los que están aquí, que de ninguna manera probarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su reino» (**Mat. 16:28**). Este es por lo tanto el dominio donde

entran las ovejas de [Mateo 25](#), los creyentes de las naciones que han aceptado el evangelio del reino y el remanente judío, los hermanos del Señor que lo han anunciado. Junto a esto, está el dominio celestial que el Señor llama en [Mateo 13:43](#) el reino del Padre. «*Entonces resplandecerán los justos, como el sol, en el reino de su Padre*». Todos aquellos que tienen una parte en la primera resurrección pertenecen a este dominio celestial.

Esto es lo que leemos en los versículos 4 al 6 donde se habla de tres grupos que reinarán con Cristo: no son hombres sobre los cuales el Señor domina, sino que reinan desde arriba, brillan como el sol en el reino de su Padre.

«... *vi tronos y se sentaron sobre ellos*» (v. 4), ¿quiénes son? Todos los creyentes en el Antiguo y Nuevo Testamento son arrebatados en la venida del Señor, los que han dormido y los vivos son transmutados en Su venida. En el mensaje a Laodicea, el Señor le dice al vencedor que se sentará con él en su trono como él se sentó con su Padre en su trono. Todos los que compartiremos la primera resurrección nos sentaremos en estos tronos.

[Mateo 19:28](#) muestra que los creyentes judíos también estarán allí: «En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel».

Estamos hablando de juicios esta noche, pero todavía me gustaría decir algunas palabras sobre nosotros, los que somos de Cristo en su venida ([1 Cor. 15:24](#)), somos parte del primer grupo del versículo 4. Entonces, las almas que habían sido decapitadas por el testimonio de Jesús eran los mártires de la primera media semana y, finalmente, los que no habían rendido homenaje a la bestia y no habían recibido su marca, los mártires de la segunda media semana. Los creyentes en este tiempo de angustia terrible que dan sus vidas por Cristo serán recompensados de una manera especial; resucitarán antes del establecimiento del reino y reinarán con Cristo. Por otra parte, los que permanecen vivos durante la gran tribulación entran en el reino como súbditos, no reinan. Vemos cómo el Señor recompensa esta fidelidad que ha sido hasta la muerte.

El versículo 6 nos dice la duración del reinado: Con él reinarán mil años. Y mientras tanto, Satanás está atado, ya no puede hacer daño, ha sido arrojado al abismo. ¿Es este el lugar donde están los ángeles caídos de [Génesis 6](#)? Dejemos la pregunta abierta, de todos modos, el diablo ya no puede actuar.

Hemos visto que en el reinado, solo hay creyentes y, sin embargo, el que se opone públicamente está quitado. ¿Cómo es posible? Durante el reinado, nacerán millones de personas y estos hombres deben convertirse, como nosotros hoy. Si no lo hacen, pueden oponerse al Rey y en este caso son quitados inmediatamente. [Isaías 66:24](#) nos habla de este juicio en el reino. «Saldrán, y mirarán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; cuyo gusano no morirá, y su fuego nunca se apagará; y serán un objeto de horror para toda carne». [Salmo 101:8](#): «Con empeño destruiré a todos los inicuos de la tierra, para cortar de la ciudad de Jehová a todos los obradores de maldad». Estos pasajes muestran que el que se opone al Rey es quitado, pero no es justo decir que el pecado es castigado con la muerte, pues entonces, al final del reinado, no habría incrédulos. Solo se castiga la oposición declarada.

Otros que no se convierten, pero se someten disimulando permanecen vivos. «Al oír de mí, me obedecerán; los hombres extraños me dirán lisonjas serviles» ([Sal. 18:44](#)) cita de [2 Samuel 22:45](#). Esto prueba que muchos hombres de las naciones se someten hipócritamente al Rey halagando. Estamos hablando aquí de los hijos del extranjero, así que parece que los judíos no lo hacen, que los hijos del remanente se convertirán. Las naciones que habían entrado en el reino eran creyentes, pero no todos sus hijos se convertirán y se someterán con adulación al Rey. Por lo tanto, permanecen durante el reinado.

Esto está claro en el versículo 7: al final de los mil años, Satanás será desatado y podrá actuar de nuevo por un tiempo. Saldrá para engañar a las naciones, es decir, a los hijos del extranjero que se habían sometido disimulando. Por lo tanto habrá hombres, algunos muy ancianos que han conocido las bendiciones del reino durante años y porque no se han convertido, se volverán al diablo que los seducirá, prueba de que el corazón del hombre no puede ser mejorado, aun después de un tiempo de bendiciones sin igual.

El Gog y Magog del verso 8 no es el mismo que el Gog de [Ezequiel 37](#) y [38](#) del que hablamos ayer, ese rey y sus aliados que fue destruido. Este es otro Gog, algunos intérpretes piensan que se llama así porque también viene de los confines de la tierra.

Las naciones que están en los cuatro rincones de la tierra, empujadas por Satanás, se reúnen hacia Jerusalén para luchar contra el Cordero. Satanás incita al hombre a rebelarse una vez más contra el campamento de los santos y la ciudad amada (v. 9). Estos hombres están cegados, cuyo número es como la arena del mar, un ejército innumerable viene a asediar el campamento de los creyentes del reino, Jerusalén,

el centro terrestre del reino donde se encuentra el templo, donde se ofrecen nuevamente los sacrificios. Ese es el propósito de su ataque.

El fuego baja del cielo y los consume. Son los últimos incrédulos que encuentran su fin, después de eso, no hay más incrédulos en la tierra.

«Y el diablo que los había extraviado fue arrojado en el lago de fuego y azufre, en donde están también la bestia y el falso profeta» (v. 10), es decir, la cabeza del imperio romano y el anticristo que ya habían estado allí por más de mil años, los únicos hombres vivos que habían sido arrojados allí antes del establecimiento del reino. El final del versículo especifica que serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. **Nótese que no es el diablo el que atormenta a los hombres, sino que él mismo es atormentado.**

Llegamos ahora al último acto: el juicio ante el gran trono blanco. Se introduce con la expresión «y yo vi», repetida unas 8 veces desde el capítulo 19:11, al capítulo 21:2 para marcar el orden cronológico en esta última visión. Esto es lo que el cristianismo llama el juicio final donde todos los hombres comparecerán para ser juzgados. Esta noción es completamente falsa. **Ningún creyente comparecerá ante el gran trono blanco.** Resucitados en la primera resurrección, ya han estado en el cielo por más de mil años y los creyentes que vienen del reino milenar, Dios los introducirá en la nueva tierra, la Escritura no dice cómo.

Ante el gran trono blanco solo comparecerán los incrédulos. Este no es el trono de gracia del que habla [Hebreos 4](#), donde somos libres de acercarnos a él, ni es el trono de su gloria en [Mateo 25](#). Es un trono de juicio. Los adjetivos «grande», signo de majestad y «blanco», símbolo de pureza absoluta, de santidad, caracterizan este trono. Dios es luz.

Hemos visto quién es este Juez: es el Hijo del hombre a quien Dios ha dado el juicio ([Juan 5:22](#)), el que está dispuesto a juzgar a los vivos y a los muertos ([1 Pe. 4](#)) y el apóstol Pablo nos dice en [2 Timoteo 4](#) «*Cristo Jesús que juzgará a vivos y muertos*». Él está sentado solo en este trono, ya no vemos los tronos del versículo 4 aquí. Nosotros, los creyentes, ocupamos un lugar como administradores en el reino. Pero aquí, es el último acto de juicio donde los hombres son condenados a la perdición eterna, solo uno es competente para juzgar.

Cuando esta maravillosa persona aparece, la tierra y el cielo ya no pueden soportar la presencia del que está sentado en el trono: «*La tierra y el cielo huyeron de su presencia, y no fue hallado lugar para ellos*» (v.11). Es la tierra en la que vivimos, el

cielo que ha sido creado, la atmósfera. A menudo nos hemos preguntado qué les va a pasar a esta tierra y al cielo. Estamos al borde de la eternidad. No creo que desaparezcan en la nada, sino que serán rechazados. Se dice que no se encontró ningún lugar para ellos, prueba para mí de que no son destruidos. **Tampoco los hombres desaparecen en la nada, los incrédulos tienen una existencia eterna en la condenación.**

Dos pasajes nos dan una aclaración: «*Pero el día del Señor vendrá como ladrón; los cielos con gran estruendo desaparecerán, y los elementos, ardiendo, serán disueltos; la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser disueltas, ¿qué clase de personas deberíais ser en santa conducta y piedad*» (2 Pe. 3:10); «*la tierra y los cielos son obra de tus manos, ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos, como una vestidura, envejecerán, y como una vestidura los enrollarás, y serán mudados*» (Heb. 1:11). El pasaje de Pedro podría sugerir una disolución, pero me parece que se trata más bien de una cuestión de cambio. La nueva tierra de **Apocalipsis 21** no es una nueva creación, sino que toma una nueva forma.

«... *Vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie delante del trono*» (v. 12). La resurrección de estos muertos está implícita. Se presentan ante el juez en cuerpo y alma reunidos. También es una prueba de que no es una resurrección general de todos los hombres en un momento dado. Hay una resurrección para la vida y otra para el juicio. El Señor lo había dicho en **Juan 5:28-29**: «*No os maravilléis de esto; porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán; los que hicieron bien, para resurrección de vida [ha sucedido, los mártires de Apocalipsis 20:4 son los últimos], y los que hicieron mal, para resurrección de condenación*». La hora de la que habla el Señor en **Juan 5** no es una hora de 60 minutos, sino que incluye un período de más de mil años. Esta expresión no es inusual en el evangelio de Juan. «*La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*» (**Juan 4:23**), esta hora, ¿cuánto tiempo ha durado? ¡Cerca de 2.000 años!

En **Hechos 24:15** Pablo le habla a Félix de una resurrección de justos y de injustos. Es la resurrección de los injustos la que ocurre aquí. La Escritura lo llama la resurrección de los muertos, aunque estos hombres vivirán para siempre en el lago de fuego. Vida eterna, la tenemos en el Señor, ellos no la tienen.

«*Vi a los muertos*» (v. 12): los muertos de las diferentes dispensaciones, los que murieron en sus pecados ante la ley y bajo la ley, «*porque cuantos pecaron sin ley, sin ley perecerán; y cuantos pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados*» (**Rom.**

2:12). Después los cristianos incrédulos, ¿no es ese el grupo el más culpable? Ellos perecen porque no han recibido el amor de la verdad (2 Tes. 2:10). Y finalmente, la multitud de hombres seducidos por Satanás después del reino milenarismo (Apoc. 20:7). Todos estos muertos estarán ante el gran trono blanco: los pequeños, los que no eran importantes a los ojos de los hombres y los grandes, hombres famosos como Stalin, Mao, Hitler..., los ídolos de miles de personas, que fueron ovacionados. Si no se han arrepentido, todos sus pecados de los que nadie tenía conocimiento, que habrían podido reprimir en su inconsciente, se manifestarán a los ojos de todos.

«... *Libros fueron abiertos*», un libro en el que sus obras están escritas y el libro de la vida. ¿Por qué se les pone en presencia de una doble contabilidad? Un libro sería suficiente, ¿no? No hay escapatoria, «*todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien tenemos que rendir cuentas*» (Heb. 4:13). Son juzgados por lo que está escrito en los libros, es una prueba de su culpabilidad. El juicio se lleva a cabo de acuerdo a sus obras, no porque fueran pecadores perdidos por naturaleza. Son condenados según sus obras, porque el juicio es proporcional a lo que han hecho. El juicio de todos los incrédulos es la condenación eterna, pero con una diferencia de acuerdo a sus obras, como la parte de los creyentes: todos estaremos en el cielo por la eternidad, pero de acuerdo a 2 Corintios 5, hay una recompensa diferente y así, los perdidos estarán eternamente en el lago de fuego, pero su juicio es justo. Leamos un pasaje que lo confirme: «*Porque el siervo que supo la voluntad de su señor y no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que no la sabía, e hizo cosas dignas de azotes, será castigado con pocos*» (Lucas 12:47-48). Así que hay una diferencia en esta condenación eterna.

¿Hay alguien aquí que todavía no tenga paz con Dios? Imagínate que el Salvador viene ahora y que tú no estás convertido. Entonces tendrás que comparecer ante este juez y serás juzgado de acuerdo con tus obras, cosas en tu vida que quizás nadie conoce, los pecados que serán revelados allí. Este juez te las mostrará en sus libros, no podrás escapar y quizás seas golpeado con muchos golpes.

«... *Otro libro fue abierto, que es el libro de la vida*». En el versículo 15, leemos que si alguien no era encontrado escrito en el libro de la vida, era arrojado al lago de fuego. Las obras de los incrédulos no solo se les muestran, sino que también ven que su nombre no está escrito en el libro de la vida. No solo han hecho malas obras, sino que **Dios también les pregunta qué han hecho con la oferta de gracia del Salvador**. Dios envió a su Hijo para salvar a los pecadores. ¿Qué hiciste tú? ¿Has aceptado la oferta de gracia de Dios en Cristo o la has rechazado? Si la has aceptado, tu nombre está en el libro de la vida. Si la rechazaste, no está ahí. El Señor

dijo: «*Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo*» (Lucas 10:20). En Filipenses 4, el apóstol cita a otros obreros cuyos nombres están en el libro de la vida. Los creyentes nunca tendrán sus nombres borrados del libro de la vida.

Pero quizás tu nombre está en el libro de la confesión cristiana, como leemos en Apocalipsis 3 en la carta a Sardis. Eso no es lo que le importa para el cielo. Tu nombre puede ser borrado de este libro de la profesión de fe, si no has confesado verdaderamente al Señor. Pero al creyente nunca se le borrará su nombre del libro de la vida.

¿Por qué se les mostrará este libro de la vida a estos hombres? ¿Habrá todavía alguna esperanza? ¿Deberíamos pensar que sus nombres podrían estar en él? Absolutamente no, Dios no tiene duda, pero ellos tienen la prueba de que sus nombres no están allí, porque han rechazado al Señor.

El versículo 13 provee una descripción más detallada de la resurrección que tuvo lugar antes de la sesión de juicio del versículo 12. El mar devolvió a los muertos que había en él. Vemos aquí que ningún hombre que haya muerto en sus pecados desaparece y ya no es encontrado. Siempre existe. Sabemos que la materia no desaparece. El mar devuelve a los muertos, incluso a aquellos de los que no queda nada a los ojos de los hombres, muchos han encontrado allí su fin, algunos se hacen incinerar y sus cenizas son arrojadas al mar, tal vez con la esperanza de desaparecer para siempre. ¡Miserable pensamiento! El mar devuelve a los muertos que hay en él.

Y la muerte y el Hades devolvieron a los muertos que estaban en ellos, es decir, la muerte debe devolver los cuerpos y el Hades las almas. La muerte era el dominio donde el enemigo pensaba que tendría los cuerpos de los creyentes para siempre. Todos los cuerpos saldrán, los que han hecho el mal en la resurrección del juicio. Las almas de los incrédulos están en el Hades. La muerte y el Hades son personificados, retienen cuerpos y almas como botín, y ahora deben devolverlos. Los incrédulos aparecen, cuerpo y alma reunidos, ante el trono y son juzgados cada uno según sus obras. Esta es la explicación del versículo en 1 Corintios 15:26: «*El último enemigo que será destruido es la muerte*». Aquí en Apocalipsis 20:13 la muerte es abolida de forma definitiva. En Apocalipsis 21, donde se describe el estado eterno, dice «*ya no existirá la muerte*». Las últimas consecuencias del pecado son abolidas para siempre a los ojos de Dios. ¿No es maravilloso? Dios se gloria en el juicio. El Señor Jesús vino para quitar el pecado del mundo. Todavía no vemos los resultados, pero entonces, para toda la eternidad, ya no podremos ver el más mínimo rastro, ya no habrá

más consecuencias del pecado. ¡Qué triunfo del crucificado! El Señor será el eterno vencedor sobre el pecado, la muerte y todas las consecuencias del pecado. Los ha suprimido para siempre a los ojos de Dios, «ya no existirá la muerte». La muerte y el Hades personificados son arrojados al lago de fuego. El lago de fuego que fue preparado para el diablo y sus ángeles acoge a la cabeza del imperio romano, al anticristo, a la muerte y el Hades y desafortunadamente a muchos hombres que tendrán que compartir el destino eterno de Satanás. «*El que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego*» (v. 15). Esta es la muerte segunda.

La Escritura nos da tres significados diferentes de la muerte: muerte espiritual, «*Y vosotros estando muertos en vuestros delitos y pecados*» (Efe. 2:1). Todos estábamos muertos por naturaleza en nuestros delitos y pecados, espiritualmente muertos para Dios, pero vivos en la tierra. También existe la muerte física: los que creen en el Señor Jesús escapan de la muerte espiritual, pero los creyentes todavía están sujetos a la muerte física, es la separación del cuerpo y del alma. El cuerpo está depositado en la tierra y el alma va en la presencia del Señor (para los creyentes), o en el Hades (para los no creyentes). Finalmente, está la segunda muerte de la cual es cuestión aquí: la eterna separación del hombre de la presencia de Dios. La muerte significa siempre una separación, pero aquí es una separación definitiva y eterna, el destino irrevocable del incrédulo: el lago de fuego, abandonado por Dios para toda la eternidad, para siempre en la oscuridad eterna al ser abandonado por Dios.

“Eternidad, palabra terrible, espada que penetra en el alma, comienzo sin fin!” Es tan terrible que es difícil hablar de ello. ¿Quieres pasar la eternidad allí? Espero que no haya nadie aquí que todavía no sea salvo; pero si lo hay, ven hoy al Salvador, salva tu alma, para que puedas estar eternamente en la Casa del Padre, en la bienaventuranza sin nubes, con Cristo. Donde no está Cristo, está el lago de fuego, la parte del que lo rechazó. Déjate atraer por el amor del Dios Salvador para que no lo tengas que encontrar como Juez.

Traducido del francés